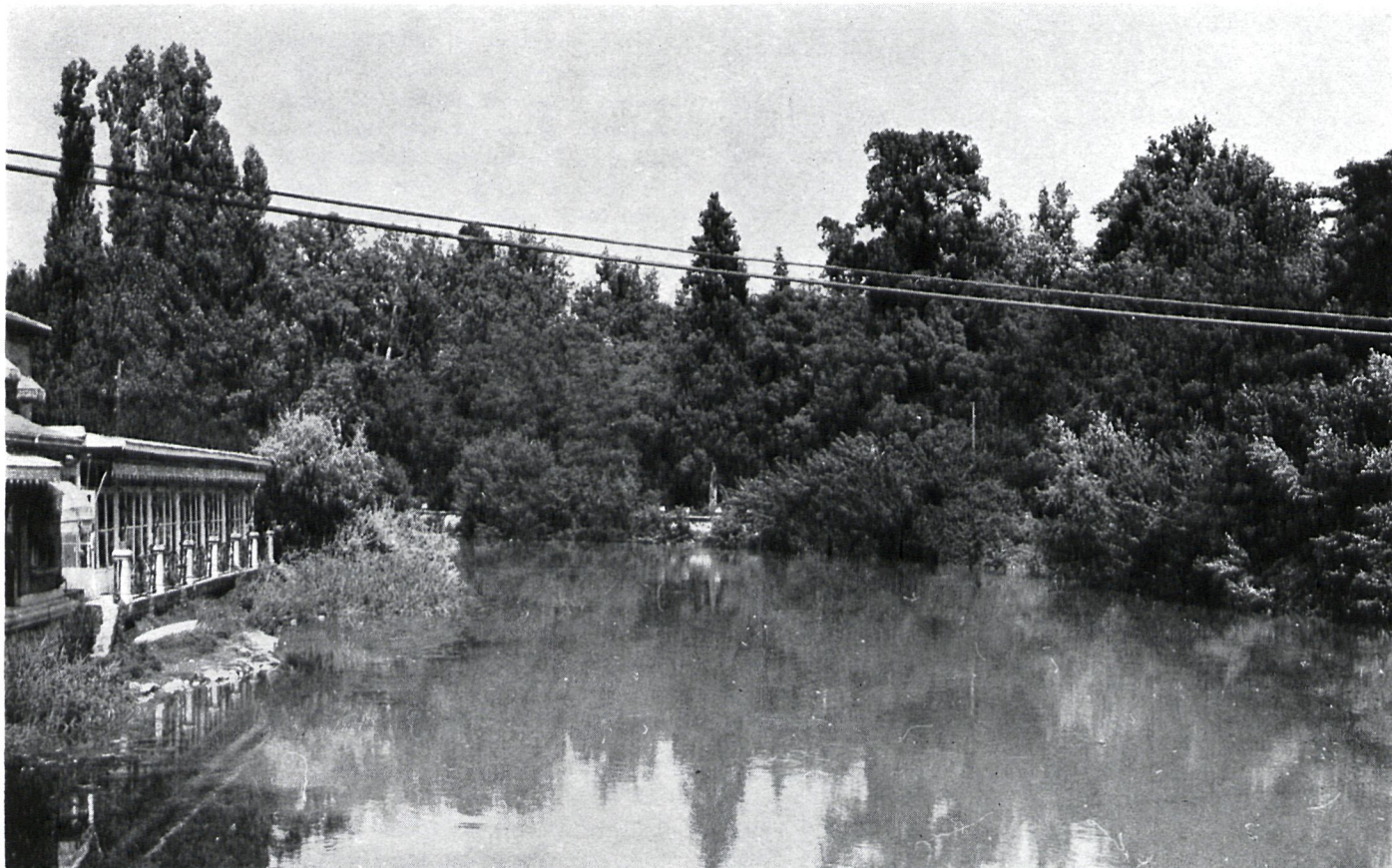




## ARANJUEZ,



## OASIS DE MADRID

Las fiestas patronales de Aranjuez se abrieron con un acto de tipo cultural en el que se proclamó Reina de las fiestas a la señorita Isabel Estapé y en el que actuó de mantenedor el ilustre periodista don Antonio Izquierdo. Bajo el título "Aranjuez, oasis de Madrid" nos honramos publicando su brillante disertación.

**U**NA circunstancia accidental, menos grave y trascendente, por fortuna, que aquella otra que iniciada en los jardines de Aranjuez cambió trágicamente el rumbo y el destino del conde Villamediana, ha hecho que en el pórtico de esta noche veraniega y festiva se os torne la lira delicada de un poeta en la pluma vigilante y tosca de un oscuro periodista. No es mía, bien lo sabe Dios, la responsabilidad de este trueque que ningún beneficio os va a reportar.

Manuel Alcántara, ese suave y penetrante poeta malagueño, no ha podido concurrir ante vosotros. Isabel Estapé, la reina de estas fiestas patronales, le disculpe y disculpe, con gentil benevolencia, todo lo que pudieran tener de osadía mis palabras; estas palabras

que no han de ser, para descanso vuestro, ni excesivas ni vanas. Un periodista no es un poeta. Un periodista es —lo dijo con precisión científica el maestro Ortega y Gasset— "una óptica": sólo eso. Voy a procurar contemplar Aranjuez con la serena objetividad que esa óptica, acostumbrada de ordinario a tantas fatigas y descalabros, me depare.

Si la belleza de Isabel Estapé y de sus damas de honor es, como yo creo, un indicio de bondad, convicto y confeso de admiración y de atrevimiento echo andar resueltamente por el camino de este pregón apresurado. Por sus incorrecciones y torpezas ya os pido, dignísimas autoridades, señoras y señores, vuestra disculpa. Dios os pague con largueza los minutos que vais a perder escuchándome.

Si la más depurada y verdadera tradición consiste en amar al pasado sin el estéril intento de hacerlo presente, Aranjuez puede y debe concitar el sincero amor de los españoles y, particularmente, de los madrileños de la urbe y la provincia. Sucede, sin embargo, que esa vocación no está reñida con la vitalidad de nuestro tiempo, "con la lira, rica en empresas porque es sabia en números" dicho con palabras de un egregio español. Existe una hermosa teoría de citas literarias sobre Aranjuez en la que brillan las estrellas de una galaxia excepcional de nombres: desde Miguel



de Cervantes a Agustín de Foxá. Esa teoría proclama, como veréis en seguida, dos excelencias primordiales e indistintas: la delicada naturaleza de Aranjuez y la exquisita presencia de la mano del hombre. Lo natural y lo artificial conjuntados, armónicamente, para el ocio o el recreo. De esta suerte, se ha declarado, con más torpeza que perspicacia, un Aranjuez propicio a la evasión de monarcas, príncipes o infantes. De esta suerte, también, el pretérito esplendoroso de Aranjuez representaría, en la historia de nuestro pueblo, la decadencia de España. Mal vieron a Aranjuez quienes sostuvieron esas tesis. De algún modo y con independencia de los fines a que luego sería utilizado, Aranjuez representa uno de los primeros intentos de europeización, el honroso empeño de lo que a partir de 1939 hemos denominado "hacer a España fotográfica". Aranjuez es a Madrid lo que Versalles a París. Si fueron decadentes sus fiestas o esparcimientos, si al ascetismo del Imperio se disolvió en sutiles melodías o en farsas trepidantes al amparo de la noche de estos jardines, no puede, en rigor, atribuirse esa decadencia, que tanto dolor causó a nuestro pueblo, a las nobles piedras de estos palacios, sino a la negligencia o a la frivolidad de quienes esporádicamente los utilizaron.

Fué Aranjuez para Cervantes una ciudad de pulcro urbanismo: "Vieron sus iguales y extendidas calles —dice en su "Persiles y Segismunda"—, a quien servían de espaldas y arrimos los verdes e infinitos árboles; tan verdes, que los hacían parecer de finísimas esmeraldas. Vieron la junta, los besos y abrazos que se daban los dos famosos ríos Jarama y Tajo. Contemplaron sus sierras de agua y admiraron el concierto de sus jardines y la diversidad de sus flores. Vieron sus estanques, con más peces que arenas; y sus exquisitos frutales, que por aliviar el peso a los árboles, tendían sus ramos por el suelo".

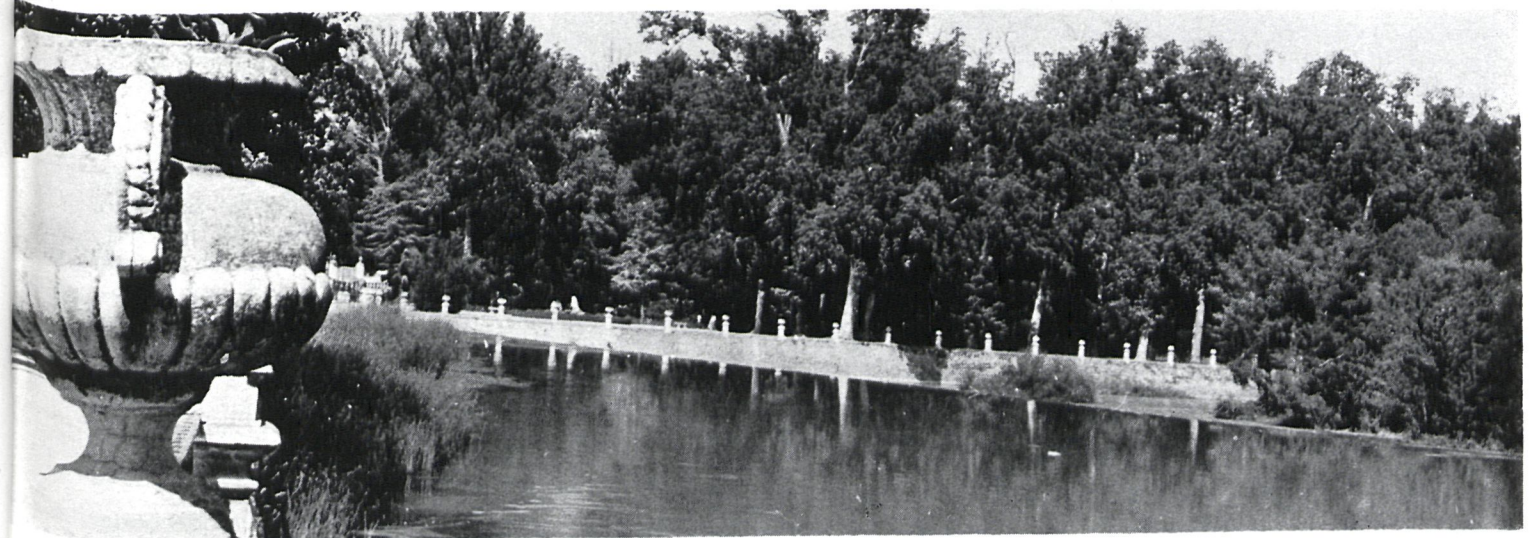
En una España de corte raquíto, de urbanismo angosto, Cervantes se recrea al contemplar ya —y antes de que el esplendor de Aranjuez alcanzase sus últimas cotas— los perfiles de una planificación útil a la España que gobernaba con generosidad y desorden a'go más de medio mundo. Se han querido establecer contrapuntos y aguafuertes entre la hechura ascética y so'emne de El Escorial— donde toda solicitud al heroísmo es posible— y este Aranjuez ligero y afable. Podría decirse, si la historia no lo desmintiera, que uno y otro punto de la provincia de Madrid son contrapuestos o, cuando menos, contradictorios; pero con tal suposición caeríamos en un fatal lapsus de entendimiento. El mismo rey, nuestro bueno Rey Felipe, que ordena la construcción del Monasterio en la altiplanicie de la Herrería, dispone la creación del Palacio de Aranjuez, cuya culminación se alcanza ya en tiempos de don Carlos III. El nombre de Felipe II va unido, en la crónica de los días que componen la historia, a El Escorial. Pero no es necesario bucear en esa crónica con afanes eruditos para descubrir textos como el de Manuel de Terán en los que pueden leerse afirmaciones tan solventes como éstas: "Seducido el Rey por los halagos y bellezas de las orillas del Tajo, hacía en ellas periódicas estancias, y tentado estuvo de levantar en ellas el monasterio y palacio que habría de dedicar a San Lorenzo en los montes de El Escorial. Estas aficiones del Rey Prudente descubren un aspecto de su personalidad, alegre y luminosamente humano, que ha sorprendido a los habituados a la contemplación de la sombría imagen trazada por la leyenda negra. Las cartas a sus hijas, que son el mejor documento para conocer esta intimidad tierna y recatada, contienen bellas alusiones al encanto con que los jardines y bosques de Aranjuez cautivaban al monarca".



Como veis en esto, como en tantas otras cosas, el perfil de Felipe II ha sido cruelmente desdibujado, como si la vocación de genial estadista se hubiera resuelto exclusivamente en la persecución a garrotazos de los protestantes de Europa. Leamos con prudencia, hermanos separados, para que las aguas postconciliares no se atormenten, en el más estricto sentido de la palabra.

No cabe duda de que existe un notab'e contraste entre el Aranjuez de los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX y el Madrid de ese extenso jirón de tiempo. Ese contraste, que no necesita mayores explicaciones, hace decir a Luis Zapata: "Aranjuez es la más alta, la más amena, la más admirable y singular cosa del mundo; traza del paraíso terrenal, donde están juntos cuantas plantas, árboles y hierbas, fuentes, lagos, animales, aves y pescados que en diversas partes en todo el mundo hay". Pero no se quedaron cortos en piropos —siempre justos— y descripciones Baltasar Gracián o Jacinto Ayala o Argensola o Lope de Vega o Tirso o Galdós o Valle Inclán o Azorín... Existe como una rivalidad apasionada y literario en registrar de cara al tiempo las excelencias de esta hermosa ciudad madrileña, gentil navío varado entre las venerables aguas de dos fecundos ríos.

De Aranjuez podríamos juzgar por esos testimonios literarios, si esos testimonios no tuvieran, como legítimo, un acento de amor patrio. Pero podemos juzgar perfectamente por otros testimonios ajenos. Deleito y Piñuela recoge en una de sus más celebradas obras sobre la España del XVI los elogios de los viajeros italianos y franceses que visitaron esta ciudad durante aquel siglo. Estos testimonios alcanzan mayor valor —subraya Deleito y Piñuela— por ser los italianos y los franceses tan parcos en celebrar cosas



españolas y estar acostumbrados a los esplendores de los parques versallescos.

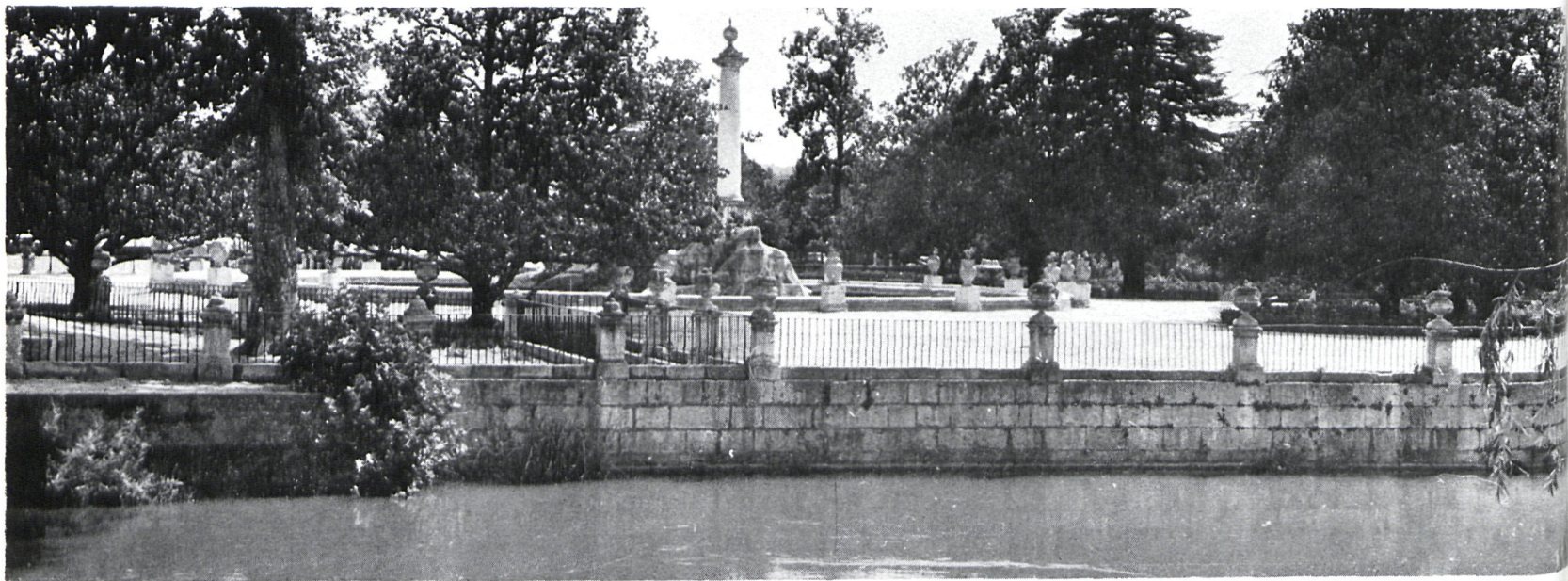
Bertaut escribe, refiriéndose a aquella residencia: "Es la casa de placer más hermosa del rey de España, y puede decirse que es una de las más bellas del mundo". Celebra sus paseos de olmos y tilos, que se pierden de vista, se entrecruzan y forman una estrella, y el puente sobre el Tajo. Recuerdo cómo Felipe II hizo cortar este río para que circundase su jardín, "el cual es por ese medio la isla más agradable del mundo. Es mucho mayor que las Tullerías, y está atravesada en todas direcciones por muchas calles de árboles, en verdad algo estrechas, pero con abundancia de estatuas de bronce y fuentes con depósitos de mármol, no

existiendo ninguna donde no haya cuatro o cinco de diferentes formas".

Sólo la Corte podía residir en Aranjuez, y desde Felipe II se prohibió construir nuevas casas particulares. Los obligados a la proximidad de los reyes, incluso los diplomáticos, buscaban albergue en los pueblos próximos hasta Ocaña, yendo a caballo a Aranjuez.

No menos entusiasta aparece madam D'Aulnoy. "Al llegar a la vista de Aranjuez a las cinco de la mañana —refiere— quedé sorprendida del hermoso panorama que se presentaba a mis ojos. Pasamos el Tajo sobre un puente de madera, y entramos en seguida en las largas avenidas de álamos y tilos, cuyas altas copas forman una enramada tan espesa, que no





FOTOS R. LEAL

pueden atravesarla los rayos del sol". Refiere también madam D'Aulnoy que había en el gran canal un pequeño galeón pintado y dorado (precursor, sin duda, de las falúas más modernas que aún se conservan allí). Detiéndose a describir jardines en forma semejante a la de Bertaut, pero más detallada. Abundaba en Aranjuez la caza. "Dijéronme —leemos— haber allí gran copia de conejos, ciervos, cervatos y gamos; mas no era hora para verlos". El conde Magalotti, que visitó Aranjuez a poco de morir Felipe IV, con su señor Cosme de Médicis, completa los datos de los otros viajeros. "Del palacio —dice— sólo un lado está construído, y, por lo que puede conjeturarse, la fachada habrá de quedar dividida en cinco partes: la del medio, más alta; a uno y otro lado, dos alas más bajas, y éstas se van a unir con dos torres de cúpula, en una de las cuales, hasta ahora la única construída, se encuentra actualmente la iglesia. El patio vendrá a resultar cuadrado, con cinco arcos por cada lado. El material es de ladrillo, con encuadramientos de piedra blanca, y las cubiertas de plomo. La arquitectura es moderna y muy buena". Elogia el Jardín de la Isla, "toda ella circundada por un terraplén revestido de muro, para defenderla de las inundaciones, las cuales son algunas veces tan grandes, que rebasan el muro y cubren el jardín..." Se refiere también Magalotti a las estatuas y juegos acuáticos, señalando entre los animales más numerosos del Real Sitio los gamos y los camellos. Su impresión general de Aranjuez es menos pintoresca y de mayor sencillez que la de los viajeros franceses.

Su vanguardia europeizadora o progresista —utilizo una y otra palabra sin poner en ellas, ni por asomo, el menor matiz político— alcanza hasta mediado el siglo XIX, como sabéis, el primer ferrocarril que parte de la capital de España, segundo de los trazados sobre la arisca piel de toro, une la Corte con Aranjuez. El 10 de febrero de 1851, a las doce de la mañana, salió de Madrid, ante la presencia de la Reina, de Bravo Murillo y del Marqués de Salamanca, que fué el Julio Verne de la época, el primer convoy.

Podrían aducirse muchos más testimonios de cómo Aranjuez ha sido —es— un oasis fresco y rutilante en las inmediaciones de Madrid, de un Madrid desértico; podrían aducirse, efectivamente, muchos

otros testimonios, pero sería traicionar el propósito de no fatigaros y el deseo de ajustar estas líneas a su fin primordial: ser pórtico literario de vuestras fiestas patronales. Me he detenido en algunos pormenores; lo he hecho así porque esos pormenores adquieren un valor permanente que serviría, acaso, para prestar una mayor atención al Aranjuez de la década de los setenta. Tengo la impresión —y es bueno este marco brillante y festivo para registrar el dato— de que Aranjuez sigue ofreciendo las mismas posibilidades para el apartamiento recoleto de Madrid que en el tiempo en que Felipe II dispuso la construcción de su palacio.

Si el señor Alcalde de Aranjuez, don Antonio Clavet —de quien he recibido el honroso y efímero cargo de pregonero—, me lo permite, y si me otorga su venia la gentil reina que nos preside, os diré que Madrid, capital de España, es una ciudad que padece de ese mal de nuestro tiempo que se llama gigantismo urbano, está afectada de bullicio, de trepidación, de intoxicación atmosférica. Se ha dicho que era menester, para la altísima función que ejercen los hombres que gobiernan la cosa pública, buscar un lugar lejano a esa trepidación. Aranjuez ofrece características excepcionales. Si a una España decadente le sirvió de rincón apto para la evasión o el divertimento, a una España vital y próspera le serviría de lugar adecuado para el reposo y la meditación de quienes la gobiernan.

Nada más, dignísimas autoridades, señoras y señores. En nombre del señor Alcalde y en el de la reina de las fiestas patronales de Aranjuez de 1971, señorita Isabel Estapé, voy a deciros, por último, cuatro cosas, a saber:

Primera: que disfrutéis en buena armonía de los festejos que os brinda, siempre generoso, vuestro Ayuntamiento; segunda, que viváis en alegre colectividad y defendáis con orgullo esa propiedad colectiva que se llama espíritu de la ciudad; tercera, que recabéis para Aranjuez el lugar de honor que le ha correspondido de antiguo, y cuarta, que tengáis la fiesta en paz.

**Antonio IZQUIERDO**



# BANCO OCCIDENTAL

**B** le ofrece:

## PARA SU DINERO

- \* RENTABILIDAD DEL 7 % EN CERTIFICADOS DE DEPOSITO A 30 MESES.
- \* TRANSMISIBILIDAD POR ENDOSO
- \* SEGURIDAD TOTAL.

## PARA SU NEGOCIO

- \* FINANCIACION DE SUS INSTALACIONES, MAQUINARIA Y EQUIPOS.
- \* PROMOCION DE EMPRESAS INDUSTRIALES Y AGRICOLAS.

## PARA SU TRANQUILIDAD

- \* SERVICIO RESPONSABLE.
- \* ASESORAMIENTO EFICAZ A PARTICULARES Y EMPRESAS.

AL SERVICIO DE USTED  
Y DE LA EMPRESA

CONSULTENOS  
SOBRE LAS POSIBILIDADES DE  
ENDOSO DE SUS  
CERTIFICADOS  
DE DEPOSITO



Aprobado por el Banco de España con el n.º 8.334.